

# “ESTOY DIEZ PUNTOS”

## LA METÁFORA DEL ENTUSIASMO EN LA ERA DE LA CRUELDAD

Mantener el entusiasmo en estos momentos tan crueles que está atravesando buena parte del mundo puede ser una tarea ingenua o impracticable, pero aún en la noche más cerrada el ser humano ha encontrado caminos para hacer de tripas corazón y seguir inventando formas de la felicidad.

### Claudia Torre

Es Jefa de redacción de *La Perla del Oeste*. Dirige el Profesorado universitario de Letras y la Maestría en Estudios Literarios Contemporáneos de la Universidad Nacional de Hurlingham.

“N o estoy aprisionada en ningún grupo, ninguna razón estúpida viene a impedirme de pronto hacer una cosa que puede interesarme, no hay nada imposible ni inaceptable y tomo maravillada, y llena de confianza, todo lo que cada día me trae de inesperado y de nuevo”, escribe Simone de Beauvoir en *Memorias de una joven formal* (1958). El gesto autobiográfico de contar su vida le permite mostrarse como una joven que está “diez puntos”. Lo que está en juego es como relacionarse con el mundo y ella encuentra un modo de estar muy preparada, que no es consecuencia del contexto que la rodea o de lo que ha vivido, sino que va más allá.



Cuando escribe "todo lo *que cada día me trae*", muestra una apertura y una confianza en el mundo aunque hayan transcurrido las dos guerras mundiales.

Bombardeos, deportaciones y exterminio masivo de personas podrían haber sido una razón para que Simone de Beauvoir perdiera su deseo de mundo. Pero no.

En los destinos y recorridos de vida de las personas, la energía vital adquiere formas muy contundentes y al mismo tiempo muy diversas. El de Simone es un entusiasmo meditado y político. Su estrategia es interesarse, ir por lo que quiere, jugar el juego abiertamente.

Hoy en día estamos asediados por los discursos del

estar diez puntos. El *mindfulness* y la *new age* nos aseguran que una vida feliz es posible. Ciertas veces queda reducida a desentendernos de todo lo que pasa, en un mundo que nos agobia y refugiarnos en técnicas de relajación y conciencia introspectiva. ¿Sería el desentenderse lo que asegura el entusiasmo y la alegría de vivir? ¿Cómo no nos dimos cuenta antes?

¿Cómo es estar "diez puntos"? ¿Qué es el entusiasmo? En *Annie Hall* (1977), la película de Woody Allen, el personaje principal, que es el propio Woody Allen, se pregunta si la felicidad es posible y cómo hace la gente para ser feliz.

En *Annie Hall* (1977), la película de Woody Allen, el personaje principal, que es el propio Woody Allen, se pregunta si la felicidad es posible y cómo hace la gente para ser feliz.



Camina y camina hablando solo por las calles de Nueva York e interpela a la gente que va andando por la vereda. Entre ellos, detiene a una pareja que van abrazados.

-Ey, ustedes parecen una pareja muy feliz. ¿Lo son en verdad?

-Si (contesta ella).

-¿Y cómo explicar eso?

-Es que soy poco profunda y algo vacía y no tengo ideas ni cosas interesantes para decir.

-Y yo soy exactamente igual- contesta él.

-Ya veo...es muy interesante...han podido llegar a un acuerdo.

La escena propone ironía y absurdo mediante la idea de que los enamorados felices son tontos y no piensan. Aunque el punto estaría dado porque "han podido llegar a un acuerdo". La idea de que el entusiasmo y la felicidad pertenecen al universo de los que no entienden ni jota de nada, o se quieren evadir de los problemas, se emparenta con aquella de que solo los locos son felices, como el Ignatius Reilly de *La conjura de los necios* (1980) de John Kennedy Toole, que es un inadaptado y en su propio universo anacrónico es feliz. O como el Forrest Gump interpretado por Tom Hanks en la película de Robert Zemeckis: "Yo no soy muy listo pero sé lo que es el amor".

¿Habrá algo de verdad en que para estar diez puntos, hay que ser un poco tonto, o un poco raro? El Favalli de *El eternauta* (1958) parece demostrar lo contrario: es un entusiasta ineludible, no porque viva aislado en su propio mundo sino porque vive entregado al mundo con otros.

Para buscar personajes entusiastas en la literatura, pido auxilio en mis redes. Posteo: "Queridos... les pido un favor ¿pueden sugerirme obras literarias donde haya personajes principales o secundarios que sean entusiastas, felices y esperanzados, y se jacten de estar bien?"

Primeras respuestas: emoticones de risas. A continuación, alguien me señala que en la literatura argentina o latinoamericana no hay ese tipo de personajes, que tal vez pueda encontrarlos en la literatura de Islandia. Buen punto, pienso. Deberé ir, entonces, en busca de literaturas que no leo habitualmente para encontrar a mis excéntricos entusiastas nevados. Pero vuelven a aparecer sobre esa respuesta, emoticones-esta vez de carcajadas-. Todavía no tengo claro si era un chiste o una recomendación. Alguien se toma el trabajo de *promptear* a la IA y copiarme las 10 respuestas (no recuerdo si eran 10, pero por ahí). No falta quien pregunte si la IA es confiable. Nunca se me ha ocurrido pensar en la contabilidad de la IA, pero en todo caso la propuesta no era confiar en ella sino usar pragmáticamente sus resultados instantáneos (como el *café* instantáneo), aquí-ahora-ya. Tanto el *potpourri* de la IA como cada respuesta de IH (inteligencia humana) me permiten darme cuenta de que la literatura no abunda en personajes entusiastas, pero que los hay, los hay, y son muy diversos.

Samwise Gammgee, por ejemplo, en *El Señor de los Anillos* (1954) de I.R. Tolkien, o Harold Fry, el caminante de Rachel Joyce que peregrina por toda Inglaterra con una fuerza arrolladora. Se trata de versiones en las que el entusiasmo tiene un signo claro y sirve para enfrentar a los malos y los males. Este tipo de entusiasmo finalmente vence.

Pero si nos retrotraemos al *Cándido* (1759) de Voltaire, nos sale al aire un maestro vitalista: el tutor Pangloss que insuda al joven que educa un optimismo aunque sin fundamentos.

Por su parte, el narrador alemán del *Deutsches Requiem* (1947) de Borges presenta al poeta Walt Whitman como alguien que canta a la felicidad pero "celebra al universo de un modo previo, general, casi indiferente". Tenemos aquí un tipo de entusiasmo desapegado, como el de aquel que no tiene problema con *nada*.

---

## Para David Foenkinos, el entusiasmo lo produce no tanto el hecho de estar diez puntos para triunfar sino para poder inventar una y otra vez nuestra propia vida.

---

El entusiasmo del que se alegra de cada cosa con minucioso amor resulta algo muy opuesto a este entusiasmo sin gracia alguna.

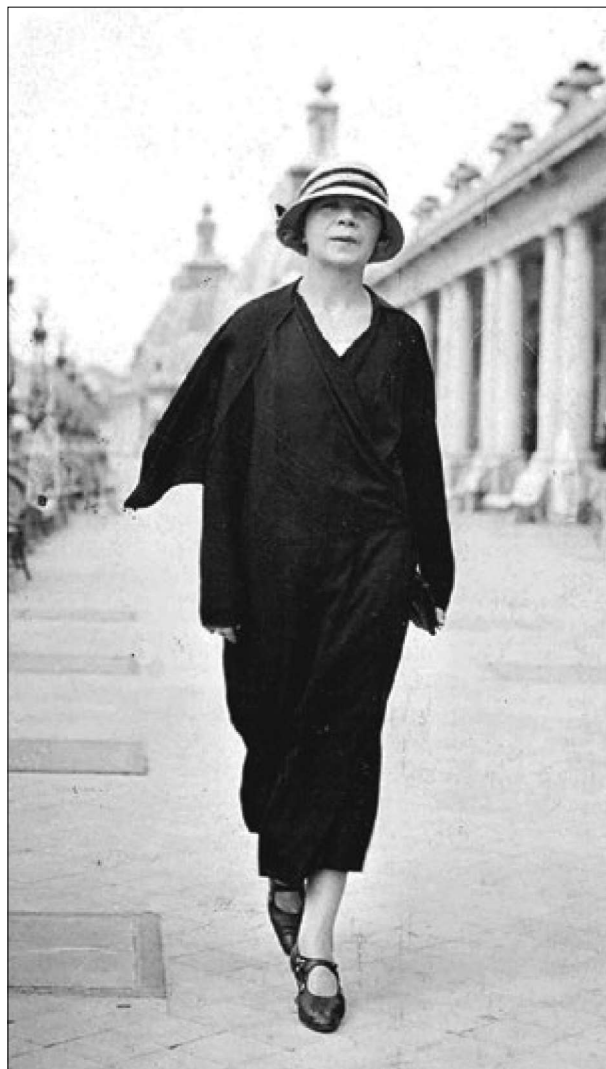
Donna I. Haraway en *Seguir con el problema* (2016) señala dos respuestas a los horrores del capitalismo y del Antropoceno: la fe cómica en las soluciones tecnológicas (seculares o religiosas) o el game over, el dar por terminado el juego, una posición en la que se siente que es demasiado tarde y no tiene sentido intentar mejorar *nada* y tener una confianza activa. Haraway lo llama "cinismo amargo" y señala que se da incluso en gente que trabaja diariamente por un mundo mejor. La bióloga feminista estadounidense critica ambas posiciones, tanto la fe en la tecnología como ese tipo de cinismo. Y sobre este último escribe: "...una posición en la que se da por terminado el juego, en la que es demasiado tarde y no tiene sentido intentar mejorar *nada*, o al menos no tiene sentido tener una confianza activa recíproca en trabajar y jugar por un mundo renaciente".

Haraway dice que sabemos a la vez demasiado y demasiado poco, y que así sucumbimos a la esperanza ("estoy de diez", "tengo fe", "tengo suerte", "lo vamos a lograr") y a la desesperación ("todo mal", "secayó todo", "no puedo", "no es posible"). Ambas posibilidades resultan entonces maneras que no están en sintonía ni con los sentidos ni con la materia consciente, ni con la realidad, ni con las personas. Estar desesperado o estar esperanzado no nos enseñan a jugar el juego de la vida.

¿Pero qué pasa con este entusiasmo en una era tan difícil, en la era cruel? ¿Acaso "estar de diez" pierde su fuerza? El entusiasmo es un blanco fácil en contextos de crueldad, porque más allá de las figuraciones y enfoques que la literatura, el cine o los libros de autoayuda puedan darle, expresan una energía celebratoria que no es ingenua ni efímera.

Por último, David Foenkinos, el escritor francés que se caracteriza por una narrativa esperanzada, llena de historia de personajes entusiastas o que devienen entusiastas, publicado por editoriales grandes que se apuran a enmarcarlo en un tipo de literatura para ser feliz, se defiende de estos apuros de mercado explicando que más que contar sus entusiasmos lo que a él le gusta es contar la permanente necesidad que tienen las personas de encontrar una solución a las cosas, de reinventarse, o sea el entusiasmo que nos produce no tanto el hecho de estar "diez puntos" para triunfar sino para poder inventar una y otra vez nuestra propia vida.

Como la gran Alfonsina Storni, que en una tarde divina de octubre se sueña paseando por el mar, observada por arena, cielos y aguas que la vean pasar.



Ser alta, soberbia, perfecta, quisiera,  
como una romana, para concordar  
con las grandes olas, y las rocas muertas  
y las anchas playas que ciñen el mar.